

# Fuga de estrellas

Ian Canet Martínez



# Capítulo 1

## Capítulo 1: Un correo a altas horas

El despertador sonó con energía por quinta vez consecutiva, impregnando el ambiente de estridentes pitidos que contrastaban con la calma que reinaba en el dormitorio. Un manotazo consiguió hacerlo callar, seguido de un largo bufido. «¿Qué hora será? —se preguntó la joven Sarah.» Se incorporó somnolienta para mirar el despertador y quedó paralizada. «No puede ser. Esto no puede estar pasándome de verdad —se abofeteó débilmente las mejillas para tratar de despertar de la pesadilla»—. ¡Maldita sea!

Salió de la cama de un brinco y se fue corriendo hacia la ducha, dejando un rastro de ropa a su paso por la casa. La tibia agua empezó a alejarla de su torpeza matutina tan pronto como empezó a discurrir por todas las curvas de su cuerpo. Casi sin darse cuenta, se encontraba frente al armario, abierto de par en par, eligiendo el atuendo que llevaría hoy al trabajo. Se peinó el pelo con brevedad y se aplicó una pequeña base de maquillaje, combinada con unos labios rojos. «Clásico. Lo clásico nunca pasará de moda.» Una vez estuvo lista, acudió al salón y encendió el ordenador de trabajo. «Vamos, por favor, no tardes —se impacientaba—. Ni se te ocurra... —enmudeció al ver que necesitaba actualizarse durante unos minutos.

Gritó de rabia. «Siempre la misma historia en los momentos más oportunos.» Recorrió nerviosa el pasillo y aprovechó para recoger la ropa que había dejado en su carrera hacia el baño; varios retratos de su familia colgaban sobre las paredes. «Papá, mamá y el capullo de Mark —su sincera sonrisa asomó.» Cuando hubo terminado regresó junto al ordenador, que ya había terminado de actualizar, para su alivio. Buscó el acceso directo en el escritorio. «Allá vamos —hizo doble clic en Light\_Alloys\_LTD.exe.» Introdujo su clave y entró a la sala de conferencias donde marcaba una sesión iniciada hacía ya 25 minutos, hecho que la incomodó. La webcam se encendió y empezó a grabar el rostro de Sarah.

—Lo siento, de verdad. He tenido un pequeño percance con la tecnología, ya sabéis lo que pasa con estas cosas... «Esto me costará caro —pensó.» He intentado...

—¡Por fin, mirad quién ha aparecido! —la cortó Michael, el jefe del equipo de marketing, desde su pequeño recuadro en el borde superior derecho de la pantalla. Los demás participantes se repartían dejando visible la presentación que serviría como guion para la reunión—. Pensábamos que

no ibas a venir a trabajar.

«Bueno, si al trabajo desde el salón de tu casa lo consideras “ir a trabajar”, en ese caso sí, aquí estoy —pensó irónica.»

—¿Vamos a tener que volver a empezar? —David dio un soplido y se puso a teclear el móvil.

—No, desde luego que no. Vamos a seguir con la reunión —Michael carraspeó la voz e imitó a David con el Smartphone—. Sarah, nos habíamos quedado hablando sobre los futuros clientes potenciales que podemos tener en el mercado turco.

El móvil de Sarah vibró unos segundos. «Cabrones, lo sabía —pensó sin quitar la falsa mueca de arrepentimiento.» Encendió la pantalla disimuladamente sin apartar la vista del ordenador y pudo leer con el rabillo del ojo derecho:

Nueva notificación de MyStars!: Ha recibido cinco valoraciones negativas por parte de David Menéndez, Michael Thorne, Rachel Archer, Sarah Brown y Mina Jones. Motivo: Llegar tarde al trabajo; poco interés en el ámbito laboral. Estado: Confirmadas por MyStars! Su puntuación ha bajado 0,23 puntos. Puntuación actual: 4,13 estrellas.

«Genial, tú también Mina.» Entrecerró los ojos y la mueca de arrepentimiento se le fue borrando inevitablemente del rostro. Mina era su compañera de departamento; aquello consiguió enfadarla de verdad.

—¡Señorita Woods! ¿Sigues ahí? —Michael atrajo su atención chasqueando dos dedos frente a la webcam—. Vamos, espabila y ponte al día.

Sarah observó la risilla traviesa de David en su recuadro. «Desde luego, cada día hay más gente mezquina que disfruta con todo esto —caviló impotente.» La joven nunca fue partidaria de este intrusismo en la vida de los personas por parte de la tecnología, pero corría el año 2034 y el “Gigante tecnológico”, como lo llamaban algunos expertos analistas en la materia, se había afincado en toda vida humana a nivel mundial, como si de un parásito se tratase.

MyStars! nació como un experimento social; al menos eso es lo que le vendían a la gente en las largas campañas de marketing y anuncios televisivos. Se trataba de una aplicación que descargabas en tu Smartphone y te permitía valorar, mediante un ranking de cinco estrellas, a las personas de tu entorno. Dándoles tu consentimiento y los permisos necesarios, los trabajadores internos de MyStars! fueron capaces de acceder a los dispositivos donde se instalaba la aplicación. Siempre que se emitía una valoración, un trabajador tenía acceso a tu cámara y tu

micrófono para verificar la situación en la que se había producido dicha calificación.

El comportamiento humano cambió por completo con la implementación de este sistema de valoraciones; se radicalizó aún más. La batalla por los likes en Internet había creado a unos jóvenes enganchados a la pantalla, siempre dando golpecitos a las fotos de sus conocidos y no conocidos. Ahora, MyStars! afectaba a todos. Jóvenes y no tan jóvenes. Desde el tipo impaciente en la cola que se dedica a incordiar al trabajador, hasta el borracho en la discoteca que se sobrepasa con sus excesos de confianza. Todos ellos recibían su castigo en forma de estrellas vacías, sin importar el día y la hora que fuesen; siempre había centinelas dedicados a verificar las puntuaciones.

\*\*\*\*\*

La reunión duró unas dos horas aproximadamente y en ella se trataron temas interesantes acerca del enfoque que la empresa debía buscar a fin de encontrar nuevos clientes en el extranjero. Sarah trabajaba en el departamento de contabilidad, y aunque no estuviese íntimamente relacionado, tuvo que asistir a fin de comentar los métodos de cobro y pago para estas futuras relaciones. Cuando todos los puntos fueron expuestos y debatidos, se cerró la sesión y todos volvieron a las plataformas digitales de sus respectivos departamentos, donde siguieron trabajando hasta finalizar su jornada laboral, bien entrada la tarde.

Antes de terminar, la contable contactó con su compañera y amiga Abigail Henderson, pues había unos temas que requerían ser aclarados con ella. Ambas habían entrado juntas como becarias en esta empresa llamada Light Alloys Limited, que se dedicaba a transformar aleaciones de un material ligero para un amplio sector productivo, aunque principalmente destacaba el de automoción. La producción se focalizaba en una nave de unos 14.000 m<sup>2</sup>, situada a las afueras de Londres, en un polígono industrial específicamente diseñado para tales actividades. Forjaron una amistad que se basó en el apoyo y aprendizaje mutuo, logrando superar todos los baches que se les presentaron debido a la inexperiencia y finalmente quedarse a trabajar en la compañía, aunque en diferentes departamentos. Abigail fue destinada al departamento de compras, con todo el estrés que conllevaba mantener siempre provista de material a una enorme nave industrial.

Tras apagar el ordenador del trabajo, Sarah se dispuso a preparar un plato precocinado para cenar. Se sentó en el sofá y empezó a comer con delicados bocaditos la lasaña vegetal, que echaba humo. En la televisión no ponían nada nuevo de interés, aparte de los programas basura que conseguían captar la atención de la gente, agotada y quemada tras largas jornadas laborales. Las típicas noticias de agradecimiento a la población por su contribución en la aplicación MyStars! se sucedían día tras día sin

dar respiro. «Menudo lavado de cabeza nos están metiendo —bufó a la lasaña—. ¡Joder! Esto está ardiendo.»

Una vez hubo terminado, metió el plato en el moderno friegaplatos que se había instalado hacía escasas semanas y se acercó a la ventana del salón. Apartó suavemente las cortinas con la mano derecha e inspeccionó el vecindario; Raven's Lake se dibujó ante sus ojos. Se trataba de un pueblo costero cercano a Londres cuya actividad económica provenía principalmente de la pesca. Las políticas de conservación de los mares y océanos funcionaron a la perfección y el planeta nos lo agradeció volviendo a darnos unas aguas limpias y llenas de alimento. «Hizo falta rozar el colapso para que el mundo se diese cuenta de cuán importante son los mares y océanos —meditó Sarah tras observar las cuantiosas embarcaciones amarradas en el puerto, las cuales reposaban sobre las tranquilas aguas bañadas con la luz de la Luna—. Y qué poco respeto le teníamos; no nos merecemos esto.»

El vecindario dormía sin emitir sonido alguno, dando un aspecto sepulcral a las bonitas casitas que lo conformaban. Las farolas alumbraban las calles y jardines de las casas y ningún movimiento se veía en todo el pueblo; la pálida Luna se mostraba por momentos para luego ocultarse tras las nubes invisibles. «¿Qué hora es? —miró su reloj digital; estos habían quedado como un mero objeto estético en la muñeca, aunque seguían cumpliendo su función—. Hora de dormir.» Una suave llovizna empezó a mojar los vehículos aparcados en el vecindario; las farolas dejaban entrever que el ritmo y la cantidad eran mínimos y no había que temer una noche de tormenta. El cristal de la ventana se fue llenando de gotitas, que repiqueteaban con dulce sonido apagado, al mismo tiempo que Sarah volvía a correr la cortina.

Entró en su habitación y se dejó caer sobre la cama, rendida. Se dio la vuelta bostezando y sacó su móvil del bolsillo. Respondió a infinidad de mensajes que se habían ido acumulando a lo largo del día; en su grupo de amigos, le recordaron que este fin de semana le tocaba a ella elegir y reservar restaurante. «Ya ni me acordaba —pensó perezosa—. Bueno, vamos a ver qué hay disponible....» Los restaurantes comenzaron a discurrir por la pantalla y su mirada se posó con ilusión en uno llamado My Lovely Place; llevaba meses queriendo ir. Reparó unos instantes en la puntuación mínima requerida por el establecimiento para efectuar la reserva: 4,25 estrellas.

Sarah aplicó el filtro de "máximo 4 estrellas" para que pudiesen acudir todos sin excepción, y tras unos minutos de búsqueda e indecisión reservó el que le pareció la opción más acertada, en su mismo pueblo. Informó al grupo:

El sábado nos vemos en La Cantina del Viejo Pescador, a las 22:00h. ¡No

os retraséis!

Hechos los deberes, dejó caer el móvil sobre la cama y cerró los ojos dando un largo suspiro. Se encontraba exhausta, había peleado mucho con los correos y las videollamadas a otras empresas para reclamar impagos; no es que se negasen a pagar, pero apuraban hasta sobrepasar el límite para jugar con esos márgenes de dinero. Pero antes de que el sueño empezase a adueñarse de su cuerpo, unos intermitentes pitidos hicieron que sus ojos se abriesen de nuevo. «¿Enserio? ¿Quién diablos será a estas horas? —bufó enfadada.» La pantalla iluminó su rostro con blanca luz, haciéndole parpadear, y sus facciones mudaron tras leer el mensaje dejando una expresión totalmente horrorizada.

## Capítulo 2

### Capítulo 2: Sin huellas digitales

Los nudillos de Abigail golpearon la puerta blanca con brío. Sarah abrió con rostro cansado y falta de sueño, le indicó que pasase con la mano izquierda. Antes de cerrar la puerta, se asomó y peinó el vecindario de izquierda a derecha. Los jardines de los vecinos estaban repletos de actividad, con los niños jugando, con sus características pulseritas multicolores atadas a la muñeca, mientras sus padres aprovechaban para charlar y tomar el sol sin soltar el móvil de las manos. «Los niños han recuperado la infancia, algo bueno que hay que reconocer el gobierno.» Ambas se sentaron en el sofá del salón y Abigail tomó la delantera, curiosa.

—Tienes mala cara, Sarah. ¿Qué es lo que ocurre? —quería averiguar el por qué de aquella llamada a altas horas de la noche anterior.

Sarah parecía temblar mientras se sujetaba la cabeza con ambas manos, apoyando los codos sobre las rodillas. «No sé ni cómo empezar... —bufó—. Allá voy.»

—Ha ocurrido algo. Algo gordo... —sin demorarse ni un segundo más, se limitó a sacar el móvil y mostrárselo a su amiga, nerviosa— Toma, léelo. Parece que es serio.

Abigail tomó el móvil con suavidad y leyó el mensaje que mostraba en pantalla. Su cara pareció palidecer tras terminar la lectura. «Esa misma cara puse yo anoche.»

—Sí, lo sé —refunfuñó negando con la cabeza—. Y lo peor de todo, es que es cierto.

—Bueno... —empezó a decir sin saber muy bien como encaminar la conversación—. Antes que nada, deberíamos...

—Ah, casi me olvidaba —la cortó Sarah; la voz le temblaba—. Te dejas lo mejor del pastel. Abre el archivo adjunto.

Abigail lo abrió y en la pantalla del móvil aparecieron tres facturas, cada una de un importe que rondaba las 1.100-1.200 libras. La fecha de los documentos correspondía al año 2032; hacía dos años de aquello.

—¿Presiento que está todo relacionado y estamos hablando de estafa? —la miró con los ojos completamente abiertos.

—¡Bingo! —Sarah encendió un cigarro y le dio una calada nerviosa—. El cabrón ha conseguido sacar información que pensaba que estaba bien enterrada —exhaló una gran humareda.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —se alteró—. ¿Sabes que con esto te vas a la cárcel y no vuelves a tener una reputación aceptable en tu vida? —se sosegó un poco al ver a su amiga con la mirada perdida.

Los ojos verdosos de Sarah recorrían el salón y se posaban en cada uno de los elementos que lo conformaban: la mesa de cristal, de un bonito diseño modernista y rodeada por cuatro sillas de estilo similar; la televisión de setenta pulgadas, apoyada sobre un mueble bajo de color negro, con varios cajones; la alta estantería de madera de pino, repleta de libros que había ido leyendo en sus ratos libres. El azul claro de las paredes, combinado con unos cuadros animados que mostraban los hologramas de distintos animales en su hábitat natural, emitían una sensación de tranquilidad y bienestar que contrastaba con la crispación que se gestaba en su estómago. Tras unos instantes de respiración honda y entrecortada, pudo articular palabra.

—En mis facturas y deudas era en lo que pensaba, Abigail. Hace dos años, las cosas pintaban muy diferentes para mí —se le quebró la voz—. Me hacía falta el dinero.

—Lo sé, pero nunca tuviste que haberte metido en esto. ¡Esto es serio, Sarah! —intentó tranquilizarla frotándole la espalda—. Y ahora este hijo de puta tiene la llave para joderte viva. ¿Por qué nunca me dijiste nada?

Sarah rompió a llorar tras oír las palabras de su amiga; era consciente del lío en el que se había metido, pero reconocerlo le producía un terrible dolor. Apagó el cigarro en el cenicero; había perdido las ganas de fumar. Lamentó infinitamente aquella jugada que en su cabeza parecía ser maestra.

—¡Tan solo estuvieron en mi teléfono móvil unos minutos! Lo suficiente para trasladarlas al banco y poder pagarlas a nombre de la empresa —dijo con voz congestionada y lágrimas en los ojos—. Todo parecía tan fácil... Eran empresas que habían quebrado, pequeños pagos que nunca nos reclamarían, pero cuya orden ya estaba siendo tramitada e iba a acabar perdida en cuentas embargadas.

—Y por lo visto, fue fácil. Te saliste con la tuya, pero hoy en día todo lo que hacemos en nuestros dispositivos queda registrado —besó el suave pelo castaño de Sarah, tratando de tranquilizarla.

—¡Fueron unos simples minutos de nada! —aquello resultaba ser casi increíble—. Quise asegurar mi futuro por unos minutos de riesgo; y ahora

estoy perdida, por esos mismos minutos —ambas miradas coincidieron—.

—No sé qué decir, Sarah —Abigail también mostraba síntomas de estar alterada—. Ya se nos ocurrirá algo.

—Pues no digas nada, quizás este cabrón esté espiándonos —alejó el móvil lanzándolo al otro extremo del sofá y lo tapó con irritación, utilizando un cojín. «Seguro que estás ahí con la oreja pegada al altavoz»—. Y ahora estoy condenada a llevar este maldito chisme siempre encima.

Al principio, mucha gente había intentado burlar las restricciones que MyStars! inculcaba en la vida de las personas, no llevando consigo el teléfono móvil. Pero el aparato se había vuelto tan imprescindible para la vida diaria, que pronto se dictaminó de ilegal el hecho de no llevarlo siempre a mano. La ley se viralizó y se implantó en todos los países a nivel mundial. Según las autoridades, si cualquier persona quería poner una valoración y no conseguía conectar con el otro móvil, se estaba privando su derecho a contribuir a crear una humanidad "más justa y segura", y aquello se consideraba un delito que se podía llegar a pagar incluso con la cárcel.

Así mismo, dependiendo de la puntuación que reflejase tu usuario en la aplicación, tenías acceso a determinados bienes y servicios. Tu trabajo y tu posición económica influían en la base sobre la cual giraban los cálculos. Alguien con un trabajo estable y una buena situación económica, junto con un comportamiento aceptado por los demás, no tendría problema en conseguir un mínimo de cuatro estrellas para que el banco le proporcionase una hipoteca con la que comprarse una bonita casita; como era el caso de Sarah. Otro con unos ingresos mínimos o unos estudios escasos, sin duda alguna, tendría muy difícil el acceso a estos servicios, y muchas veces se vería vagando por las calles, impotente tras el escaparate de una tienda de ropa cara a la que ni tan siquiera se le permitiría poner un pie sin que alertasen a las autoridades. Los establecimientos habían optado por incorporar unos lectores que se conectaban con el móvil mediante el Bluetooth; si la puntuación era igual o superior a la exigida, tenías permitido el acceso.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Ha vuelto a contactar contigo? —preguntó sin dejarle responder—. Quizás si damos parte a la policía...

—Si damos parte a la policía el cabrón se enterará, me delatará e iré a prisión por fraude —cortó en seco la idea de Abigail. «Las penas de prisión se han endurecido tras la reducción de los índices de criminalidad, ¿Recuerdas?»—. Además, la palabra "anónimo" refleja que sabe lo que hace.

—Sí, tienes razón —reflexionó sobre sus palabras—. Esta gente sabe cubrirse muy bien su rastro.

Toda persona se encontraba perfectamente identificada en su teléfono móvil. Era necesario y obligatorio para el buen desempeño de las valoraciones y evitar fraudes. Toda aquella interacción que llevase la etiqueta de "Anónimo" solo podía provenir de aquellos expertos en el tráfico de información personal: los hackers.

En un mundo totalmente conectado al teléfono móvil, estos expertos en encontrar vulnerabilidades en la red y escarbar en las vidas ajenas, se dedicaban a traficar con los secretos más recónditos de la población. El perfil del hacker solía seguir un mismo modus operandi: una primera intromisión en la vida privada solía dejar una recompensa a pagar por parte del afectado para que sus misterios "no aceptables" no saliesen a la luz, hecho que repercutiría negativamente en su opinión pública de MyStars!. Si la víctima no tenía nada que esconder, estos cibertracadores se esfumaban sin dejarse ver para seguir con la caza.

La sensación de peligro era bien conocida por todos, y aunque la policía se empeñase en tratar de tranquilizar a la población asegurando trabajar conjuntamente con MyStars! en la detección de estos criminales, estos profesionales conseguían cubrir sus huellas digitales hasta ser irrastreables.

—¿Se lo has contado a tu familia?

—No. Eso solo conseguiría preocuparles —Sarah se acomodó en el sofá y respiró hondo.

—Entiendo —Abigail le apartó un mechón de la mejilla, que se había quedado adherido a causa de las lágrimas.

Tras unos minutos de silencio, Abigail se levantó y fue hacia la encimera para preparar unos sándwiches, algo significativo que llevarse al vacío estómago. La cocina se encontraba en un rincón del salón; ambas estancias de la casa estaban fusionadas con una impecable estética moderna, en un mismo espacio.

De repente, el móvil de Sarah vibró con fuerza y emitió un sonido de notificación. Se le heló la sangre dejándola paralizada sin saber qué hacer, pero acercó lentamente una mano temblorosa hasta apartar la almohada y encender la pantalla; todo ello bajo la atenta mirada de Abigail. Sus pulsaciones se normalizaron tras comprobar que se trataba de un mensaje en un grupo de amigos. Esbozó una triste sonrisa sin ganas, aquello había conseguido dejarle un sudor frío en la espalda.

—Todavía recuerdo cuando teníamos algo de libertad y decidíamos qué queríamos mostrar de nuestras vidas en las redes sociales —Sarah rompió la tensión del momento, había conseguido serenarse un poco.

—Eran buenos tiempos —se apartó un mechón rubio de la cara mientras manipulaba la comida—. Cuando aún podías ir por la calle con la vista al frente sin estar atada al maldito cacharrito —dijo mientras apuntaba con la mirada en la dirección del móvil, tapado por la almohada.

—Sí. Tiempos que nunca volverán —se giró nostálgica y vio a Abigail que venía con la comida.

Era sábado por la mañana y el tiempo las acompañó con un radiante sol que se colaba por las ventanas automatizadas, iluminando por completo el no muy grande y acogedor salón. Disfrutaron de los ricos bocados del sándwich y de unos breves momentos de calma. El rubio pelo de Abigail destellaba con los rayos solares, combinado con unos ojos de un azul poco común; casi celeste. Su belleza era envidiable. Ambas tenían 27 años y una trayectoria muy parecida: estudios en la rama de la economía y la empresa, y una trayectoria profesional que empezaron juntas dentro de la misma empresa.

—¿Te puedes creer que incluso Mina me ha valorado negativamente tras lo de ayer? —Sarah estaba muy disgustada por el comportamiento de su compañera de departamento—. No puedes confiar ya en nadie.

—Nada consigue extrañarme ya —Abigail asintió con la cabeza.

—No sé qué debería hacer ahora.

—Deberías esperar a ver cómo avanza la situación. Siempre con la cabeza fría, sin hacer nada que pueda alterar a ese parásito —«Nunca mejor dicho. Tengo un maldito parásito en el móvil.»

Siguieron charlando amablemente, olvidándose casi por completo del problema que atañía a Sarah y de los dispositivos móviles. Los mensajes entraban con frecuencia, sin ser respondidos, pero consiguiendo atraer las miradas de ambas. «Así tendrás material para no aburrirte, si es que estas ahí... —pensó amarga.»

Finalmente, Abigail se despidió de su amiga, dándole un gran abrazo tranquilizador, y se marchó para atender unos recados, aprovechando lo que restaba de la soleada mañana. Dejó a Sarah sola, acongojada por la presencia del Smartphone que se había mantenido callado respecto al tema que le ocupaba la mente.